

## EDITORIAL. REVISTA VIRTUAL REDIPE: AÑO 7 VOLUMEN 7

RECIBIDO EL 16 DE ABRIL DE 2018 - ACEPTADO EL 17 DE MAYO DE 2018

# PREJUICIO, PEDAGOGÍA Y PEDAGOGOS

## Agustín de la Herrán Gascón

Pedagogo. Universidad Autónoma de Madrid

[agustin.delaherran@uam.es](mailto:agustin.delaherran@uam.es)

Comité de calidad Redipe

## INTRODUCCIÓN

A diferencia de otras disciplinas la educación no se atribuye, en primer término, a su principal investigador de referencia: el pedagogo/a. Es más, este profesional está difuminado, dentro de la cultura general, entre otras razones porque el nombre de su ciencia de referencia o de la ciencia de la educación por antonomasia (la Pedagogía) no coincide ni deriva del nombre del campo profesional y de investigación (Educación), con lo que la ciencia y el técnico de referencia no se asocian directa, automáticamente. Quizá por eso, a veces, se confunde con el educador, con el profesor. El propósito de esta reflexión es reparar en algunos prejuicios hacia los pedagogos. La base del escrito es la observación del autor durante los últimos veinte años, desde su perspectiva de pedagogo. En los últimos años se aprecia una disminución del prejuicio hacia este colectivo profesional y hacia su ciencia. Aun así, persiste en los ámbitos social y científico.

## DE LOS PREJUICIOS Y OTROS CONOCIMIENTOS SESGADOS

Los prejuicios constituyen una forma de inmadurez o confusión cognoscitiva. Proviene de precipitaciones, insistencias u obcecaciones. Culminan en certezas, seguridades o conclusiones frágiles, blindadas o cerriles, cuando no definitivamente cerradas. Producen una especie de ceguera o de vacío en la conciencia ordinaria, que se satisfaría con conocimiento. Como son normales en nuestra sociedad del egocentrismo, lo normal es tenerlos, promoverlos y desarrollarlos, aun en nombre de la educación; o sea, no apercibirse de ellos. Su desarrollo requiere de más prejuicios y otros conocimientos sesgados en su mismo sentido: predisposiciones, creencias, generalizaciones, etc. Conforman la actual sociedad del conocimiento sesgado, por lo que, muy a nuestro pesar, son factores de razón.

Las moléculas del prejuicio son la ignorancia, la dualidad, la inconsistencia y el condicionamiento,

aderezados por egocentrismo personal y/o colectivo, soberbia ilusoria y certidumbre, entre otros aspectos. Como operan en estratos relativamente profundos de la persona, la educación habitual a veces no les ve y no les alcanza, sobre todo si el sesgo está avalado por sistemas internacionales, sistemas educativos nacionales, leyes, currícula, proyectos institucionales, tradiciones, inercias inducidas, ideologías, etc.

Con frecuencia, ni siquiera la formación científica es capaz de sortear y diluir el prejuicio en favor del conocimiento insesgado o no parcial. Esto ocurre cuando la educación es poco profunda, cuando no facilita verdadera formación y, al menos, tiene algo de fraude. Sus disolventes educativos son el reconocimiento de su existencia, la voluntad de trascenderlo, la duda y la orientación de la razón al descondicionamiento y la complejidad de conciencia, más allá del ego, en síntesis, la formación.

Se prejuzgan personas, cosas, *ismos*, etc. La motivación para el prejuicio nace y activa cuando se cree que se sabe y se desconoce que se ignora. Una vez impulsado por este par de fuerzas, se orienta y acelera cuando otras personas del propio círculo piensan lo mismo, considerando, admirando, despreciando, odiando, trivializando o rivalizando.

Una razón trabada de prejuicios no está educada ni formada. Puede estar compuesta de entelequias complejas y alejada de la realidad. Si la socialización del prejuicio se organiza, puede ser muy eficaz crear sistemas generadores de tergiversación y productos pseudológicos estables. Las amalgamas de prejuicios y de otros conocimientos sesgados pueden fundamentar injusticias, exclusiones, supremacismos, barbaries, hiperestusias, etc. O sea, crear pseudologías, submúltiplos de la deformación, que nada tienen que ver con la educación, comprendida como posible evolución del ego a la conciencia.

## DE LOS PREJUICIOS HACIA LOS PEDAGOGOS

Como expresa el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la Pedagogía es la ciencia de la educación y de la enseñanza y, por ende, de la formación y de todo lo relacionado con ellas. De la educación también se ocupan tangencialmente otras disciplinas, si bien sus objetos de estudio son otros.

Sobre la educación hay competitividad y, en el camino, hay decalificaciones e intrusismo. El prurito de la competitividad por el mismo ámbito proviene de concepciones epistemológicas inmaduras o egocéntricas, sean estas multi, inter, trans o metadisciplinarias. Otras ciencias más maduras –como, por ejemplo, las Ciencias Médicas– no ‘compiten’ por el mismo terreno: colaboran en función de la salud. Cuando lo que domina es la pugna por la “proxemia cognoscitiva” -o primacía tribal por el mismo terrenito- y ese campo no es el idóneo, no sólo el sustrato del prejuicio está servido: la razón tiende a quedar condicionada y los productos a ser menos eficientes.

Si bien los prejuicios hacia los pedagogos no han sido tantos y van a menos, los hemos observado *in vivo* sobre todo en profesores e investigadores de ámbitos limítrofes, como la Filosofía, la Psicología y las Didácticas con especificidad curricular, así como en algunos profesores de secundaria y algunos investigadores y profesores de otros ámbitos. Los escenarios de observación han sido variados: congresos de Filosofía, de Psicología o de Didácticas Específicas, comidas académicas, entrevistas en medios de comunicación.

Hemos apreciado en todos tres factores comunes en el momento de verse prejuicios hacia el pedagogo o la Pedagogía:

- a) Desconocimiento de la profesión de pedagogo y de la Pedagogía, lo que no

evitaba la opinión o la creencia;

- b) Connivencia entre quienes compartían el prejuicio;
- c) Indiferencia entre quienes internalizaban las informaciones arbitrarias: estudiantes, participantes en un evento, etc.

Una estrategia útil promovida por las disciplinas afines a la Pedagogía para competir por el mayor espacio posible de la educación es omitir las palabras “Pedagogía” y “pedagogo”. Así, en vez del nombre de la ciencia, se utiliza el del campo (“educación” u otro), con lo que se invisibiliza al pedagogo y a la Pedagogía. De este modo, aparece el nombre de una ciencia y el campo, y la invisibilización está creada: por ejemplo, “Psicología y Educación”. Esta práctica es favorecida o reforzada por las traducciones de cuestiones pedagógicas de países donde no hay Pedagogía ni pedagogos. Así, son asimiladas por profesionales diversos que no están interesados en practicar la autodisciplina, la contención o la renuncia epistemológicas, ni el reconocimiento de la idoneidad de los pedagogos como profesionales o investigadores idóneos para lo que sí son los objetos de estudio naturales de la Pedagogía. En algunos países, como se ha apuntado, no hay pedagogos; por pedagogo suele entenderse ‘profesor’, y de los objetos de estudio de la Pedagogía se ocupan otros profesionales afines.

En el campo de la investigación científica también hay prejuicios negativos hacia la Pedagogía y los pedagogos. Algunos científicos creen que investigar en educación es algo menor, o que no puede investigarse en este campo. Entre los pedagogos a veces también hay prejuicios: unos critican a quienes trabajan en los cimientos de la educación, porque reivindicar soluciones a los problemas prácticos; otros experimentan conflictos con pedagogos de áreas de conocimiento limítrofes, etc. Así, los de MIDE (Métodos de Investigación y Diagnóstico

en Educación), los de THE (Teoría e Historia de la Educación) o los de DOE (Didáctica y Organización Escolar/Educativa) con frecuencia tienden a tribalizarse. Cuando esto ocurre, se evita la apertura, la mayor convergencia y la aproximación cooperativa, con lo que la Pedagogía pierde desde dentro.

Hace veinte o treinta años el imaginario del pedagogo lo conceptuaba como un profesional de despacho, sin experiencia docente o educativa directa. Hoy, algunos periodistas y otros profesionales desinformados siguen creyendo cosas parecidas e identifican Pedagogía con educación rancia, desarrollada por quien nada sabe de lo que habla. Para algunos, la mala educación proviene de “los pedagogos”. Es tan absurdo como creer que las enfermedades provienen de los médicos.

Otra falsedad es dar por hecho que los pedagogos han tenido responsabilidades educativas y que, por eso, son los autores de las leyes educativas y de los currícula más criticables. Por extensión, hay quien está convencido de que la Pedagogía es el origen de todos los males de la educación, tanto a nivel político como técnico.

Todas estas opiniones son propias de quien, primero, no sabe que no sabe, y que gusta difamar e imaginar sin el menor asomo de duda y humildad personal, docente o científica en absoluto. Y, en segundo lugar, es, de facto, un pésimo estudioso, por ocuparse de la educación supeditando su razón a sus prejuicios.

Una cumbre de la ignorancia sobre los pedagogos y la Pedagogía es el libro titulado “*La conjura de los ignorantes. De cómo los pedagogos han destruido la educación*”. El autor se ha ocupado de que muchos medios de comunicación se hicieran eco de sus argumentos. Y varios medios importantes han actuado como cajas de resonancia de un modo irresponsable, a nuestro parecer. Por ejemplo, en el texto se afirma que la Pedagogía minusvalora el conocimiento

disciplinar para enseñarlo, cuando eso no es cierto. Se observa que se crea un conflicto donde no lo hay, y se difama sin saber ni importar sus consecuencias. En el mismo sentido abunda el texto titulado “*Contra la nueva educación*”. Al hilo de “*La conjura de los ignorantes*”, otros autores, como Maestro (2016), piensan que la Pedagogía impuesta en el mundo democrático tiene un sesgo *rousseauiano* o posmoderno, por lo que la califica como:

*formalización patológica de la educación, es decir, la Pedagogía es una deformación de la ciencia que precisamente se trata de imponer como una garrapata en la actividad profesional del profesorado para deteriorar sistemáticamente toda la actividad educativa que pueda desarrollarse en una sociedad organizada políticamente, en un Estado (<https://www.youtube.com/watch?v=RIMWViJPEfQ>).*

Otros profesores de secundaria utilizan despectivamente ‘lo pedagógico’ para aludir a lo criticable de la educación. Un ejemplo es el libro citado “*Contra la nueva educación*”. Llama la atención que en esta obra el autor, como otros, haga mala pedagogía, de hecho, desde la ocurrencia, no desde la ciencia, como diría Ortega y Gasset. Y sorprende que, en su caso, se arrogue propuestas críticas que, paradójicamente, coinciden en general con lo que la mayor parte de pedagogos argumentan.

Por todo esto, les sugeriríamos a unos y a otros un poco más de conciencia, de contención o de precisión sobre aquello que critican, sobre todo si sólo creen conocerlo. Y ya puestos, les invitamos a leer con un poco de humildad la siguiente “carta abierta al anti pedagogo” del catedrático de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de Málaga D. Miguel Ángel Santos Guerra (2017), con motivo de un “Manifiesto antipedagógico”: <http://mas.laopiniondemalaga.es/blog/eladarve/2017/10/28/carta-abierta-anti-pedagogo/>

El conocimiento, como saben los ‘antipedagogos’ y también los pedagogos, requiere de cierto esfuerzo adquisitivo. En este caso, a lo mejor los ‘antis’ deberían aplicarlo a lo que critican, porque lo hacen de oídas. Por tanto, ¿no tendrían que ver las supuestas ‘conjuras de ignorantes’ con quienes las promueven? ¿Cómo se va a construir la educación si no se quiere cooperar y si no se parte, como sostuvieron importantes inteligencias como Confucio o Newton, de la clara conciencia de lo que desconocemos?

Leyendo estas cosas, comprobando su activa difusión por radio y TV –respaldada incluso en programas que a priori favorecen la conciencia, como “Cuarto milenio”-, nos preguntamos: ¿pero, de qué están hablando estas personas? Parecen desconocer cabalmente:

- a) qué es la Pedagogía;
- b) que hablar de lo que se desconoce no informa bien de quien lo hace y desinforma a quien lo escucha;
- c) que hablar mal de la Pedagogía es como hablar mal de cualquier disciplina científica y profesional; generalizar sobre ámbitos como si fueran ‘malas personas’ es un disparate, un sinsentido paranoide que no ayuda en nada a construir;
- d) que atribuir a la Pedagogía lo que se les antoja es manipular la realidad, estafar a destinatarios y dañar a la sociedad;
- e) que los ‘pedagogos’ que el autor de “*La conjura de los ignorantes*” critica en sus varias entrevistas radiofónicas, no eran pedagogos, sino psicólogos metidos a pedagogos. De hecho, se refirió a Álvaro Marchesi o a Elena Martín, como artífices de la LOGSE. Pero ni ellos ni otros, como César Coll, son pedagogos, sino son psicólogos.

La pregunta es por qué en España lo habitual es que, para temas de educación o de enseñanza, se recurra y se consulte más a 'psicólogos' que a pedagogos. O por qué los psicólogos han copado puestos decisivos en la educación española. Es como si para asuntos médicos se consultase a farmacéuticos, o como si para temas de geografía se consultase a geólogos. ¿Qué tendrán que ver? Nuestras respuestas a este fenómeno son dos: el eficaz trabajo de los colegios oficiales de psicólogos y el que haya una gran cantidad de titulados en Psicología que necesiten trabajar, aunque sea en áreas o considerando objetos de estudio que no son los idóneos de su preparación, porque de ninguna manera son psicología.

Esta forma de intrusismo de la Psicología es una práctica reiterada en este país que ha podido perjudicar a la educación, produciendo hipertrofias, desenfoques, descompensaciones y considerables pérdidas de tiempo, por los lógicos desconocimientos, pocas veces reconocidos por los psicólogos, de los temas pedagógicos. En muchos casos han debido pasar varios lustros para que las congestiones del discurso 'psi' en la educación se pudieran disolver y con ello se redujese el tamaño del flemón. Otras cosas muy distintas hubieran ocurrido si cada cual se ocupase de lo suyo y, a partir de esa autodisciplina, se pudieran imaginar colaboraciones inter, trans o metadisciplinarias.

Ahora bien, de momento, el panorama es de acaparamiento motivado por el ego tribal o colectivo; no de madurez o de humildad. ¿Qué culpa tenemos los pedagogos de esto? El contexto cognoscitivo que acompaña es el de una escasa cultura general de carácter pedagógico inmersa en lo que hemos considerado 'sociedad del egocentrismo'.

La realidad es que los pedagogos somos pocos, y normalmente no se nos consulta ni escucha para lo que son nuestros objetos de estudio: la educación, la enseñanza, la instrucción, la

metodología y los recursos didácticos, incluidas las TIC, el aprendizaje educativo, la evaluación de la enseñanza, de los aprendizajes y de la formación, la orientación, la formación de educadores, la innovación educativa y la renovación pedagógica, la educación inclusiva, la investigación educativa, la organización escolar y educativa, la educación comparada e internacional, las políticas educativas, la historia de la educación, la prospectiva de la educación, etc.

## CONCLUSIONES

Los perfiles, también los profesionales, son contornos, líneas superficiales. Con ellos ocurre como con la Luna, que siempre muestra el mismo hemisferio y oculta el otro. En el caso del pedagogo, la cara cercana es su faceta profesional e investigadora, que podrían conocerse mejor. En la cara alejada hay prejuicios, creencias, generalizaciones y otros conocimientos sesgados casi sólo sostenidos por quienes, por alguna razón reconocible (intereses, deficiente formación, obsesiones, etc.), han enquistado su razón.

España es un país cuya cultura pedagógica y cuya educación están, en general, muy atrasadas. Aun así, la Biología no se confunde con la Química, ni la Política con la Economía. Por ello, ante un problema económico, se sabe a qué profesional idóneo recurrir. No ocurre esto con cuestiones o problemas de educación. Para esto se recurre a periodistas, a psicólogos, a profesores, a políticos, a filósofos, a médicos... O sea, a profesionales que, por su formación distinta, normalmente ofrecerán una mirada limitada o equivocada.

Como ocurre en todas las disciplinas del mundo, es importante recurrir a los técnicos idóneos en cada materia. Por los objetos de estudio de la Pedagogía, los pedagogos son los idóneos. Son los científicos y profesionales con más horas de vuelo dedicadas a investigar, enseñar, formar

e indagar en torno a ellos. Son los pilotos más confiables. No son omnipotentes, pero lo normal es que sean más conscientes que cualquier otro en la materia.

Por lo demás, los pedagogos forman grupos de investigación, dirigen y participan en proyectos de investigación financiados, publican en revistas exigentes, dirigen tesis doctorales... lo mismo que cualquier otro en su campo. No son investigadores genéticamente distintos, ni son más altos o más guapos o más tontos ni más listos que otros. Cualquier científico crítico de cualquier campo que se formase en Pedagogía e investigase en un campo tan complejo y amplio como la educación, haría cosas parecidas a los colegas actuales. A partir de aquí, como en cualquier profesión, hay pedagogos mediocres, buenos y excelentes.

En contra de lo que se piensa, hay pocos pedagogos de carrera y apenas se cuenta con ellos para decisiones sobre educación. En la mayor parte de países con mejor educación el pedagogo es un técnico muy apreciado que no se confunde con otros.

Con una Pedagogía debilitada y poco escuchada, la educación no estará en las mejores manos. En contra de lo habitual en nuestro país, nada de lo relativo a la educación debería realizarse sin pedagogos expertos con la mejor formación y visión posibles: no sólo con pedagogos, pero no sin ellos.

El colectivo profesional de los pedagogos no es bien conocido. Aún es objeto de prejuicios residuales. Los prejuicios son indicadores de ignorancia. En la medida en que la educación y la evolución humana transcurren del ego a la conciencia, es esperable que estas y otras inconsistencias se diluyan en el tiempo y emerja una creciente lucidez.

La falta de conocimiento y de respeto al pedagogo y a la Pedagogía es una forma de

injusticia que perjudica a la sociedad en su conjunto. Es preciso hablar de Pedagogía junto a educación, por bien de la sociedad. Es preciso no confundirla con ámbitos afines, porque sus objetos de estudio son otros.

Con una Pedagogía fuerte, la sociedad entera gana, porque el sentido de la sociedad coincide con el sentido de su propia educación. Sería lúcido hacer algo por devolver a la Pedagogía y a los pedagogos una confianza que nunca se les entregó plenamente, por desconocimiento o por prejuicio, aunque también por el alto valor instrumental que para algunos la 'educación' tiene para otros fines extra educativos.